

y actuaron de solistas Woody Herman, clarinete, Flip Phillips, saxofón tenor, y Mickey Folus, clarinete bajo.

El éxito de la obra fué notable, pero el público no pudo darse suficiente cuenta de las bellezas de la misma en una sola audición. Creemos que a medida que se vayan prodigando sus ejecuciones, «Ebony Concerto» logrará el favor que merece.

Woody Herman ejecutó, además, una brillante selección de sus más famosas creaciones: «Bijou», «Sweet and Lovely», «Caldonia», «Blowiny Uba Storm», «Four Men on a Horse», «Mean to me», etc.

Chubby Jackson en el contrabajo, Bill Harris con su mágico trombón, Dave Tough metido entre sus cacharros y el propio Woody Herman dándole al clarinete con un brío incomparable, hicieron verdaderas maravillas.

Preguntaréis posiblemente... ¿y Red Norvo? Pues bien, Red Norvo, que es uno de los más firmes puntales de la orquesta, fué el incomparable rey de los vibrafonistas, al cual hay que ver y oír de cerca para comprender toda su inconmensurable grandeza. La difícil facilidad de los genios salta a la vista en cuanto este hombre sin par se sitúa frente a su instrumento. Red Norvo es, indiscutiblemente, una figura destacada entre los más grandes ejecutantes que se hace aplaudir actualmente en el mundo.

La velada resultó, pues, agradabilísima. Había empezado a las 8'45 y terminó antes de medianoche. Esto nos dió tiempo y oportunidad para trasladarnos al Paramount y oír el último show de Benny Goodman. Pero esto ya es otra historia...

N. SURIS

El «Jazz» como arte menor

A estas alturas, afirmar que el «jazz» ha sentado plaza de música interesante, es cometer una perogrullada. Ni más ni menos. En sus comienzos, fueron legión sus enemigos e impugnadores —espíritus temerosos y veladores a todas horas de las buenas formas artísticas— quienes lanzaron punzantes dardos y agrios anatemas en contra del «jazz». Sin embargo, esto ya pasó. Actualmente, ya nadie se extraña y el «jazz» ha dejado de ser un fenómeno raro e impertinente y es acentuado como otro aspecto cualquiera del vivir de nuestra época. En efecto, no había para tanto. Y es que, en definitiva, el «jazz» puede o no interesar, pero ver en él alarmantes aspectos de influencia perniciosos para el Arte, en mayúscula, es cabalmente equivocado y ridículo. El «jazz» posee suficiente vitalidad para vivir su vida, sin necesidad de entrometerse por caminos que le son vedados y que ni siquiera busca. Ahora bien, proclamar que el «jazz» vive al margen de lo que se acostumbra a entender por verdaderas concepciones artísticas, no implica que él sea también arte. Entiéndase que nos referimos siempre al «jazz» verdadero y no a otra cosa, como por aquí, generalmente, se confunde.

Creemos que para quien observa solamente la vida a través del prisma de lo trascendental, el «jazz» le será indiferente. No cabe duda, y respetamos la apreciación. No pretendemos, con esto, encasillar precisamente el «jazz» den-